

**ALGUNAS
CARACTERÍSTICAS Y
FUNCIONES DE LA
LITERATURA INFANTIL Y
JUVENIL MEXICANA
CONTEMPORÁNEA**

*SOME CHARACTERISTICS
AND FUNCTIONS OF
CONTEMPORARY MEXICAN
INFANT AND JUVENILE
LITERATURE*

**Dalina Flores Hilerio¹
(UANL)**

¹ Ph.D. Estudios de la cultura, Colegio de Letras Hispánicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Nuevo León, San Nicolás de los Garza, N.L., México. Email: dalinafloreshilerio@gmail.com

RESUMEN: En este artículo se exponen algunas de las características y funciones de la literatura infantil y juvenil contemporáneas, dentro de las que destacan el trabajo de la crítica literaria y de los docentes de literatura como agentes de promoción de la lectura dentro y fuera de las aulas. Asimismo, se muestra la tendencia que va presentando este corpus en la producción y recepción de sus obras en México.

PALABRAS-CLAVE: literatura infantil y juvenil, competencia lecto-literaria, placer, didáctica, crítica.

ABSTRACT: This article shows some of the roles and functions of juvenile and children's literature, in which the role of literary criticism and literature professors are emphasized as agents in reading promotion both in and out schools. The current trend for this body of works in México is also described herein.

KEYWORDS: children's literature, young adult literature, literacy resources, reading pleasure, didactics, literary criticism.

Apesar de los grandes esfuerzos que se están realizando, desde hace más de una década, en la Universidad Iberoamericana o, en últimas fechas, en la Universidad Nacional Autónoma de México, por integrar los contenidos de la Literatura infantil y juvenil en el ámbito académico, en México, sigue siendo un asunto de promotores culturales y no de la crítica académica especializada. Estas iniciativas universitarias, no obstante el interés que han causado en todo tipo de públicos, siguen siendo aisladas y de poco impacto en la tradición de la crítica literaria formal. No nos detendremos a revisar las causas por las que estas propuestas literarias no terminan de ser incorporadas al canon literario y no se estudian de una manera sistematizada; al contrario, en este trabajo presentamos algunas características y funciones de la LIJ contemporánea, desde la producción textual en México, para mostrar que no solo es necesario reconocer la jóvenes y niños desde una perspectiva estética y

funcional, sino también es preciso actualizar y revisar las formas en que los académicos, profesores y mediadores en general nos acercamos a la lectura literaria y generamos puentes entre el texto literario y los lectores no adultos o no especializados.

No cabeduda de que la infancia y la adolescencia son etapas que presentan características particulares respecto al desarrollo de la cognición y a las experiencias vitales. De acuerdo con Piaget(1983), a pesar de que el desarrollo implica una evolución progresiva perpetua (pues no deja de modificarse aún en la vejez) que tiende al equilibrio, es evidente que la maduración para realizar operaciones abstractas, propias del pensamiento hipotético deductivo, se da entre los 10 y los 12 años. Entonces, los planteamientos lingüísticos y literarios de la obra artística tendrían que coadyuvar ese proceso, a partir de estrategias apropiadas para su desarrollo paulatino, durante la infancia y adolescencia. De esta forma, la madurez cognitiva, el dominio de diferentes lenguajes y la ejercitación del pensamiento crítico y estético estarán vinculados estrechamente con la maduración emocional.

La literatura contribuye al desarrollo integral del individuo, como se ha podido evidenciar en las últimas décadas gracias a las investigaciones en el campo de las neurociencias sobre los efectos cognitivos en diferentes; sin embargo, no sólo en nuestro país, no se le ha dado relevancia al trabajo realizado con lectores jóvenes y es una pena que sea justo en la adolescencia cuando el sistema educativo formal expulsa a los futuros lectores a través de sus estrategias convencionales y provoca en los estudiantes el abandono por el gusto de leer.

Actualmente se realizan estudios para explicar el funcionamiento del cerebro cuando se somete a la lectura literaria (a diferencia de lo que ocurre frente a la no-literaria) y algunos investigadores como Keith Oatley (2006) han concluido que la empatía es uno de los rasgos de la inteligencia emocional que más se destaca como resultado de la experiencia literaria que se desarrolla

porque la literatura funciona como *un simulador de realidades o mundos sociales* que apuntala la capacidad de sentir en primera persona la experiencia vivida a través de la lectura. No obstante, a pesar de las iniciativas constructivistas que se plantean en los programas de lectura y escritura en las escuelas, la mayoría de los profesores de educación media insisten en ‘enseñar’ la literatura con recursos historicistas y estructuralistas que privilegian la memorización de datos concretos, donde se ha erradicado totalmente el desarrollo del placer estético y el juego, con lo que se detiene el incremento de otras habilidades cognitivas, lingüísticas y socioemocionales.

Aunado a lo anterior, las diferentes plataformas que hoy presentan las tecnologías de la información y comunicación han modificado las prácticas de lecturas de los ciudadanos del siglo XXI, llevándolos a estar más ‘enterados’ de lo que ocurre alrededor del mundo, pero también convirtiéndolos en un blanco muy atractivo para el mercado. Sin duda, el contacto indiscriminado que los usuarios jóvenes tienen con las redes sociales y otros recursos cibernéticos hace que se sobresaturen de datos que algunas veces pueden resultar en conductas contraproducentes.

Si bien es necesario responder a las necesidades de los jóvenes y niños respecto a su forma de moverse y estar en el mundo, también es urgente otorgarles herramientas que les permitan discriminar y hacer elecciones adecuadas para su propio desarrollo intelectual y emocional; de ahí que la lectura literaria no tendría que vincularse con el consumo masivo de bienes culturales, sino ser un detonador para cuestionar y modificar la realidad.

A través de las plataformas digitales se ha popularizado la ‘lectura’ de algunos productos editoriales que tienen gran recepción entre el público joven al abordar temas cercanos a sus contextos, pero también han colonizado las relaciones culturales y legitimado prácticas donde predominan las perspectivas de los grupos en el poder (principalmente el económico). Con la globalización cultural, es común encontrar lectores latinoamericanos consumiendo sagas

cuyas historias traducidas reproducen modelos socioculturales ajenos a su propia identidad, que si bien son muy fáciles de digerir (no le exigen profundizar en las reflexiones que podrían detonar) también van marcando y reproduciendo actitudes y conductas que pueden ser radicalmente opuestas a su realidad social (por ejemplo, los *bestsellers* donde los personajes se reúnen en centros comerciales y ponderan la capacidad de hacer compras de artículos ornamentales como catalizador de la depresión que son leídos por adolescentes de zonas rurales o urbanas marginadas en las que estas prácticas destruyen directamente su medio ambiente).

Asimismo, y debido a la intensa función mediática de los *influencers* o *booktubers*, hemos podido observar que la adhesión hacia esos libros, como productos culturales, entre los jóvenes lectores, no necesariamente implica su lectura, sino la posibilidad de pertenecer a un grupo que comparte parafernalia y discursos similares. De esta manera, muchas veces, el consumo de los bienes literarios se realiza más como un objeto ornamental que como una práctica de lectura.

Desde la estética y otros procesos socioculturales, la literatura es un hecho muy complejo que debería trascender los requerimientos del mercado; es decir, no todo lo que se publica y consume por los jóvenes tiene una intención o naturaleza literaria. En este sentido, las editoriales, como empresas culturales, deberían asumir su responsabilidad social en la selección y curaduría de los libros que publican. A pesar de que muchos libros juveniles logren seducir por sus historias, es alarmante la gran cantidad de textos ‘confeccionados’ a la medida de la legitimación de ciertos valores y conductas (o con evidente simpleza para que los pequeños los puedan entender y adherirse a los principios o valores que promueven) que circulan con éxito de ventas por toda Latinoamérica.

Tampoco defendemos la idea de que las nuevas formas literarias (para cualquier público) tengan que seguir abonando al famoso canon occidental enunciado por Bloom (1998), pero sí sería necesario que

las alternativas ofrecidas a los jóvenes tengan una propuesta estética y lúdica que les permita incrementar sus procesos de pensamiento crítico y estético. Para nuestras editoriales, la LIJ ha resultado ser más un asunto de mercado y colonización, que de estética y juego y, por eso mismo, la crítica formal y la académica se han resistido a abordarla.

Asimismo, la acotación ‘juvenil’ que se asigna a esta producción literaria, la ha relegado del ‘canon oficial’, pues algunas obras incluidas en esta categoría se limitan a los meros intereses comerciales. Algunos críticos y autores reconocidos por el canon literario occidental incluso desprecian las propuestas emergentes de la literatura escrita especialmente para los jóvenes. El prestigiado autor regiomontano, reconocido internacionalmente, David Toscana, por ejemplo, señala que es un peligro que en las escuelas ya no se quiera leer a los clásicos y se incluyan lecturas juveniles de moda que, a largo plazo, no dejarán de ser sólo eso: una moda. Sin embargo, esa postura radical asume que todo lo que se produce en este ámbito es comercial y desechable. Ese es el mayor problema de la LIJ: estar posicionada entre dos frentes: algunos de los promotores consideran que cualquier libro es recomendable sin discriminar de forma crítica sus tratamientos y, por otro lado, están los académicos, autores, intelectuales, que se resisten a aceptar los méritos literarios de la LIJ contemporánea al creer que todo lo que se produce en este ámbito no cuenta con los recursos estéticos suficientes para desarrollar la competencia lecto-literaria ni el placer estético que, en resumidas cuentas debe ser una de las funciones preponderantes de la Literatura.

La función de los académicos y críticos no tendría que reducirse, entonces, a la clasificación y ponderación de los textos que ya son reconocidos en la tradición literaria, sino también el descubrir y analizar profundamente no sólo los nuevos bienes culturales, como el libro para niños y jóvenes, sino también las condiciones en que se producen, reproducen, circulan y consumen. Es urgente que empecemos, desde el ámbito académico y escolar,

como en el de reproducción de estos bienes culturales a saber mirar, leer, analizar y ponderar la actual literatura escrita pensando en los públicos no adultos.

La crítica literaria sobre libros para niños y jóvenes es necesaria y apremiante tanto en la vida cultural como escolar de nuestras comunidades ya que otorga las bases para que los adultos encargados de promover la lectura disciernen sobre la elección de los textos literarios utilizados en contextos escolares, de manera que se promuevan alternativas muy amplias que vayan desarrollando en los lectores una competencia lecto-literaria de forma paulatina. Es decir, como señala la crítica Teresa Colomer (2009), la LIJ, sin ser eferente o utilitaria, permite al lector ir familiarizándose con los procesos literarios y comunitarios de una manera más efectiva, al encontrarse más cerca de las características y necesidades del público que, en teoría, aún no tiene la experiencia para ejercer lecturas más complejas.

No es posible soslayar que los agentes involucrados en la producción de la LIJ son los adultos y a partir de su mirada es que se van gestando las tendencias de circulación y recepción de sus textos. En una mirada rápida sobre esta tradición, a partir del siglo XIX y la función de los cuentos clásicos, es evidente la intención pedagógica y moralizadora que subyace en las ficciones creadas para los niños y niñas de las familias privilegiadas económica y políticamente. Esta inclinación, aparentemente, tuvo su auge en la primera mitad del siglo XX; sin embargo, ha marcado también las producciones actuales, en las que se enfatiza, incluso entre los libros que abordan temas complicados, la intención de dejar moralejas o aprendizajes que se apliquen, de alguna manera, a la vida diaria. Los libros infantiles y juveniles, sobre todo en el ámbito escolar, se perciben como manuales de conducta o compendios de ‘recetas’ para vivir ‘mejor’, con las que el lector se convierte en un agente receptivo de las ‘verdades’ que seguirá defendiendo y transmitiendo de generación en generación (y que algunas de ellas pueden ser perniciosas para

evolucionar con las nuevas realidades del mundo). Los espacios de lectura en las escuelas y fuera de ellas se convierten en lugares de adoctrinamiento que, a pesar de que difundan ideología con la que el adulto promotor esté de acuerdo, no deja de ser un proceso impositivo e incluso colonizador.

A partir de la segunda mitad del siglo XX, en Latinoamérica se empezó a difundir la idea de que la función estética de la literatura debería ser preponderante en la experiencia de lectura, con lo que también se cuestionó frontalmente la necesidad de promover la literatura dentro del ámbito escolar sólo como un medio para educar o transmitir valores. A partir de los años sesenta, los autores involucrados en la producción de textos para niños llenaron el mercado de libros con historias lúdicas, sin moraleja, donde se integraron otros lenguajes, como el visual en el libro-álbum, o en los que la reflexión filosófica se detonaba por la exclusión de los absolutos. Es decir, empezó a gestarse un producto literario para públicos a los que se les reconocía de antemano su derecho a la libre interpretación y al placer estético.

La popularización del libro-álbum generó la posibilidad de pensar la experiencia literaria como un proceso integral dentro del que las asociaciones artísticas dimensionaron las posibilidades de interpretación no sólo de los jóvenes y niños lectores, sino de los adultos independientemente de su nivel de lectura literaria. Desde entonces, el libro-álbum se ha convertido en libro-objeto artístico lleno de significación y ha reeducado a los adultos para convertirse en lectores de otras formas literarias que agregan en su propuesta diferentes códigos visuales (como mangas, cómics, novelas gráficas).

La literatura infantil contemporánea, de acuerdo con las investigaciones realizadas por Laura Guerrero (2012), ha sido concebida por la crítica desde posturas encontradas, precisamente de acuerdo con la forma en que algunos académicos reconocen el fenómeno actual:

a) visión conservadora: se resiste a reconocer que existen textos inteligentes, con calidad estética compleja, para niños, por lo que no acepta a la LIJ como un categoría literaria; según Bloom, los libros para niños son sólo un pretexto para la *estupidez*.

b) visión amplia: incluye todos los libros para niños y jóvenes, independientemente de que sean literarios, informativos o doctrinarios. Esta perspectiva es muy amplia y tiende a caer en el relativismo, pues cualquier libro escrito para niños podría llegar a considerarse como literatura.

c) visión integradora: reconoce que lo principal en la LIJ es su condición estética; aun que también acepta que tiene condiciones de recepción – es para niños y jóvenes, que definen sus condiciones de producción que a su vez se diferencian de las que determinan la “Literatura” canonizada.

De acuerdo con esta última tendencia, se puede reconocer que, como dice Francisco Hinojosa, el autor infantil más popular de México: hay muchos libros para niños, pero no todos son literarios; además, los que sí se consideran en esta categoría cumplen con funciones particulares que, de acuerdo con Teresa Colomer (2009) están orientadas a:

1. Iniciar el acceso a la representación de la realidad compartida por una comunidad. La tradición literaria es fundamental para reconocer las formas de vida y valores de las sociedades actuales y las anteriores, de manera que al poner la en contacto con los niños, van comprendiendo la forma en que se ha desarrollado la historia humana a través del arte de las palabras.

2. Desarrollar el aprendizaje de las formas narrativas, líricas y dramáticas que permitirán organizar las diferentes macro operaciones cognitivas desde las que puede reconocer y jugar con la maleabilidad del lenguaje

3. Ofrecer una visión articulada del mundo, como instrumento de socialización, de tal manera en que reconozca los

sistemas ontológicos y axiológicos que lleven al pequeño lector a integrarse armónicamente en su comunidad.

Colomer sostiene que el contacto del texto literario con los niños es fundamental para la construcción de la comunidad pues las tres funciones sociales que ella señala son importantes para sustentar el desarrollo de la afectividad, la solidaridad y la empatía, imprescindibles para construir una cultura y un sentido de identidad entre los individuos.

A través de la lectura literaria, como asegura Platas Rosas en su artículo “Literatura neurocognitiva: El poder transformador de la letras” (2010), donde realiza un sondeo muy amplio sobre los aportes de las neurociencias al conocimiento de los procesos cognoscitivos en relación con la lectura, y asegura que la literatura desentumece emocionalmente al lector ya que la experiencia literaria lo conduce a vivir las situaciones como si le ocurrieran a sí mismo, directamente en la piel de los personajes. Según esta teoría, llamada de la transportación, el nivel de empatía de los lectores de literatura es más profunda y de larga duración, a diferencia de los que leen historias similares pero de tipo periodístico. Además de la empatía, Platas Rosas señala que los experimentos de otros neurocientíficos han arrojado datos que permiten asegurar que la lectura no literaria se asocia con la delimitación del pasado, mientras que la experiencia literaria lleva a los lectores a premeditar sobre el futuro, por lo que podría ser fundamental para incrementar las habilidades del pensamiento creativo que nos permita transformar nuestras realidades.

Asimismo, dentro de estas funciones derivadas de la experiencia literaria, un elemento primordial es la capacidad de gozo y juego; de ahí que sea necesario analizar y evaluar los procesos y productos que la conforman, pero también organizar y generar nuevos conocimientos al respecto, con la intención de integrar estos contenidos, el gozo, la empatía y la afectividad, como elementos fundamentales de la didáctica de la literatura dentro de las aulas escolares.

La crítica literaria formal sobre la LIJ, por lo tanto, tendría que contribuir a la generación de paradigmas confiables para identificar los recursos y méritos de las propuestas estéticas, así como los elementos que sean colonizadores o se dirijan a reproducir valores que vulneren el desarrollo social, de manera que recomendar la lectura de textos literarios dentro de las aulas pueda vincularse al desarrollo del pensamiento crítico y estético de los estudiantes en formación. En este sentido, la crítica no tendría que legitimar ningún tipo textual o discurso, sino señalar sus características, para que los lectores de cualquier edad encuentren experiencias diversificadas en ellos.

Es importante señalar que los niños, y difícilmente los jóvenes, llegan directamente a la crítica literaria formal; es decir, no conforman el público al cual va dirigido este tipo de publicación, por lo que quienes se dediquen a esta tarea tendrán dos retos que tomar en cuenta: escribir crítica para mediadores, siendo conscientes de que no sólo se debe pensar en la evaluación del texto literario en cuestión, sino en las formas que permitan a los lectores adultos llevar esos criterios o lecturas a los lectores no adultos; o bien, empezar a diseñar alternativas discursivas idóneas para llevar la crítica literaria formal, a manera de ensayos lúdicos, creativos y atractivos para los lectores jóvenes y niños. Con esto podría desarrollarse una categoría más, aún inexplorada, dentro del corpus de LIJ.

Independientemente de las formas discursivas que adopte o despliegue la crítica literaria formal de LIJ, su presencia es fundamental en el arte literario en general y, desde una perspectiva pedagógica, contribuiría a facilitar al docente los recursos para obtener mayores beneficios en la formación social, emocional, cognitiva y lingüística de sus estudiantes. De la misma manera, el joven o niño lector podrá ser puesto en contacto con un corpus selecto de obras literarias que enriquezcan sus formas de leer, de comprender y de integrarse en el mundo.

Todo este proceso redundará en la formación de lectores más exigentes con las propuestas literarias y, a su vez, impactará en la

producción literaria que se les ofrezca al exigir libros con historias lúdicas, estéticas, donde las fases de su interpretación se activen de una manera integral; de tal forma que la responsabilidad de las editoriales tendría que ser el abastecimiento de textos lúdicos, inteligentes y gozosos a lectores cada vez más exigentes.

Si bien es cierto que la literatura, como cualquier otro bien cultural, es una actividad que se consume en mayor o menor grado por la sociedad, es indiscutible que su nivel de desarrollo como producción artística se encuentra vinculado estrechamente con los efectos que el arte produce en un pueblo; es decir, el progreso social de un pueblo, como se ha visto en Finlandia y otros países escandinavos, se incrementa a medida en que sus ciudadanos son puestos en contacto con estímulos artísticos. Al leer literatura, los ciudadanos desarrollan progresivamente todos los niveles de competencia lectora con la que habrán de leer el mundo y podrán evaluarlo para saber, de una manera responsable y comunitaria, qué es lo que se debe cambiar y qué lo que debería prevalecer en la historia de la humanidad.

En un mundo en el que los avances tecnológicos sufren cambios radicales y vertiginosos, pero también urgido por resolver la violencia y las crisis ambientales, es recomendable que la innovación educativa se centre en la recuperación de la lectura literaria como un agente de cambio social que, al apuntalar el desarrollo integral de los individuos los habilite para resolver los problemas que actualmente nos conducen a guerras, deforestación, enajenación, sometimiento y explotación, entre otras conductas humanas tendientes a la autoaniquilación; de ahí que sea tan necesario establecer lazos estrechos entre todos los agentes encargados de la promoción literaria en todos los niveles (escuela, editoriales, familia, mediadores, amigos, programas gubernamentales, etcétera). Este acercamiento puede consolidarse a través del estímulo del ejercicio de la crítica formal sobre LIJ y de la capacitación de los profesores o mediadores como lectores activos y apasionados.

Como se ha repetido en un gran número de artículos sobre promoción de la lectura, leer literatura no se trata sólo de decodificar y ‘entender’ una historia, sino de apropiarse del texto; hacer de la experiencia literaria una historia de vida. Este proceso permitirá al lector, independientemente de su edad y sus habilidades cognitivas, ir formando un repertorio de lecturas que afianzará su competencia para ser un lector crítico del mundo, no sólo de realidades de papel; para ser, en definitiva, un ciudadano integral. Para que esta capacidad se despliegue, es fundamental dejar de percibir la creación literaria para niños y jóvenes como un producto para ‘adultos incompletos’ o como un recurso didáctico con fines utilitarios y moralizadores.

En este sentido, y de acuerdo con los presupuestos que plantea el escritor mexicano Jaime Alfonso Sandoval, uno de los autores más reconocido dentro y fuera de México, hacer literatura para niños y jóvenes no presupone hacer distinciones estéticas (de forma ni de fondo) frente a los retos que plantea la escritura literaria para lectores adultos (ajena de los textos primordialmente utilitarios), pues debe poseer las siguientes características: a) *inquietante y perturbadora*: el texto literario debe mover al lector de suestado de confort evitando el paternalismo y la condescendencia; b) *lúdica*: debe plantear siempre juegos de lenguaje y de imaginación; c) *compleja*: sus niveles connotativos deben solventar interpretaciones múltiples y detonar la participación activa del lector en la generación de esos múltiples sentidos; d) *transgresora*: debe confrontar al lector y ponerlo a dialogar con su sistema de valores y creencias; conducirlo a imaginar más allá de lo que se puede observar; e) *simbólica*: debe representar universos que puedan trasladarse a las experiencias particulares de cada lector; f) *liberadora*: la experiencia literaria debe significar un espacio para trascender lo material; g) *cercana*: debe generar un espacio íntimo y cálido que le permita al lector sentirse acompañado; h) *evocadora de emociones y sentimientos amplios*: el texto literario debe indagar en lo más profundo de las percepciones del lector para detonar en él emociones que profundicen en sus propias búsquedas

y no sólo moverlo al sentimentalismo superficial; y i) *nunca debe ser moralizadora*: el texto literario nunca debería dar recetas para vivir la vida; sino plantear situaciones de la realidad que le permitan al lector llegar a sus propias conclusiones.

Sin duda, la producción literaria mexicana actual, que se define por poseer las características mencionadas, aporta ingredientes fundamentales para acercar a los niños y jóvenes lectores (cuya característica principal es su condición gregaria) al placer literario. Muchos escritores han contribuido a modificar los estereotipos de lo que se ha considerado literario de acuerdo con el canon occidental, al priorizaren sus propuestas el juego y los vínculos afectivos. Algunas de sus obras, pertenecientes al corpus que se ha considerado como literatura juvenil, abordan situaciones que, sin ser dogmáticas ni utilitarias, fomentan la comprensión de la naturaleza humana y los vínculos con el otro, sea igual o diferente.

La literatura infantil y juvenil mexicana contemporánea está en un momento de esplendor y experimentación que la ha llevado a ser reconocida en todo el mundo como paradigma del arte literario y visual. Autores como Francisco Hinojosa, Juan Villoro, Antonio y Javier Malpica, Juan Carlos Quezadas, Andrés Acosta, Jaime Alfonso Sandoval, Antonio RamosRevillas, Mónica Brozon, Martha Rivapalacio, Raquel Castro, Ana Romero, María Baranda, Mariana Osorio Gumá, Emilio Ángel Lomé, Ricardo Chávez Castañeda, Karen Chacek, entremuchosotros, ofrecen obras cuyas estrategias narrativas, líricas y dramáticas destacan el juego, la configuración de personajes entrañables, estructuras complejas y cuestionamientos intrínsecos que disparan múltiples reflexiones en el lector.

Los académicos e intelectuales dentro del ámbito literario contribuirían fundamentalmente no sólo a la valoración de las obras literarias escritas para jóvenes y niños en general, sino también en la difusión y promoción de los autores que han sido relegados del canon oficial porque aún no se han reconocido de manera suficiente sus méritos artísticos.

La literatura que se escribe para niños y para jóvenes no sólo debe ser apreciada por el público al que aparentemente va dirigida, sino que el público adulto o con mayor experiencia lectora puede también encontrar un disfrute en ella; pero sobre todo, su lectura experimentada y crítica puede significar el descubrimiento de más herramientas para acercar a los jóvenes a la literatura dentro y fuera de las aulas escolares.

Si bien es cierto que no todo lo que se escribe para jóvenes y niños posee los rasgos y características del texto literario, sí tendría que ser una tarea preponderante del docente, a través de la crítica especializada (ya sea que él mismo la realice o la consulte) acercarse a este corpus y seleccionar, de acuerdo con la naturaleza de cada uno de sus grupos, la mejor oferta literaria que pueda representar una lectura entrañable para cada uno de los contextos en que leen los niños y jóvenes de su comunidad, para lo cual, en definitiva, debe conocerlos (a los libros y a los alumnos) de manera que pueda construir vínculos afectivos dentro de la pequeña comunidad lectora que propicia y que, tarde o temprano, aplicarán sus procesos críticos en la creación de realidades menos amenazadoras.

Referencias

- BLOOM, H. *El canon occidental*. Anagrama, Barcelona, 1995.
- COETZEE, J. M. “«¿Qué es un clásico?», una conferencia”, incluido en *Costas extrañas: Ensayos (1986-1999)*. Editorial Debate, Madrid, 2004.
- COLOMER, T. *Leer en la escuela*, Fondo de Cultura Económica. México, 2009.
- FLORES HILERIO, D. *Juego y Literatura*. Editorial Académica Española, Saarbrücken, 2010.
- Guerrero Guadarrama, L. *Posmodernidad en la literatura infantil y juvenil*. México: Universidad Iberoamericana, 2012.
- OATLEY, K., KELTNER, D., & JENKINS, J. M. *Understanding Emotions* (2

ed.). Blackwell Publishing, 2006.

PIAGET, J. *El lenguaje y el pensamiento en el niño*. Buenos Aires: Guadalupe, 1983.

PLATAS ROSAS, L. J. Literatura neurocognitiva: El poder transformador de las letras, en *Nexos*, noviembre de 2016, disponible en <https://www.nexos.com.mx/?p=29998>

SANDOVAL, J. A. Escribir para jóvenes y niños. Ponencia presentada en las I Jornadas LIJeras, septiembre de 2014.

Recebido em 18/07/2020

Aceito em 19/08/2020